

El des-enamoramiento en la vida de pareja¹

Mariateresa Zattoni e Gilberto Gillini²

Consideramos el tema del des-enamoramiento y de la desilusión amorosa a partir de algunos casos que hemos acompañado en nuestro trabajo de consulta con parejas, y de un texto que nos ha intrigado mucho (del que compartimos la orientación relacional sistémica pero con el cual no compartimos plenamente los objetivos)³. Hemos aludido anteriormente en otro espacio a nuestra forma de entender el enfoque relacional sistémico, conjugándolo con la visión cristiana⁴.

Nos proponemos aquí brindar algunas consideraciones no sistemáticas, con la finalidad de apoyar a cuantos, consagrados o operadores pastorales, están animados por el deseo de ayudar a parejas en crisis⁵.

Mitos y leyenda desde lo cotidiano

Lo cotidiano, la charla, pero también una seria reflexión sobre la parábola del amor, conocen bien el tema de la desilusión amorosa. Después, si lo cotidiano es relatado y escrito por una mano experta, se entiende mejor.

Podría ser este uno de los motivos de suceso de la ya famosa novela de Susanna Tamaro: *Donde el corazón te lleve*⁶. ¿Dónde lleva el corazón de la famosa abuela Olga, personaje de la novela, que entrega su vida a la nieta bajo forma de confesión y testamento? La lleva a engañar al marido, previsible y mortalmente metódico, que ya no despierta en ella la fascinación del verdadero enamoramiento. Al menos así le parece cuando encuentra «por primera vez» al amor al cual entregarse totalmente. Esta nueva heroína, romántica y al mismo tiempo post-moderna, se mueve dentro de un ambiente que

1 ZATTONI, M. & GILLINI, G., «Disinnamoramento nella vita di coppia» en *Tredimensioni* 2(2005) 2, 181-193. Traducción: Fátima Godiño para *Grupo de Supervisión*, Manresa, Montevideo (2012).

2 Consejeros y Profesores en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, Roma.

3 Se trata del texto de MALAGOLI TOGLIATTI, M. - ANGRISANI, P. - BARONE, M., *La psicoterapia con la coppia. Il modello integrato dei contratti. Teoria e Pratica*, Franco Angeli. Milano 2000.

4 Cfr. GILLINI, G. - ZATTONI, M., *L'altra trama. Manuale di formazione per tessere relazioni familiari alternative*, Ancora. Milano 1997; Id. *Un'ipotesi di consulenza formativa. Il counseling per l'operatore familiare*, Franco Angeli. Milano 2000.

5 Para la formación específica de los operadores pastorales familiares estamos editando una columna: *Piccola Enciclopedia della Famiglia* (PEF), en 25 volúmenes, con la editorial San Pablo.

6 NdT. Título original: *Va' dove ti porta il cuore*. Editore: BUR Biblioteca Univ. Rizzoli. 1994.

se parece al ambiente cristiano tradicional del novecientos, pero que de cristiano no tiene mucho... no porque escenifique la traición y el pecado, sino porque perdió la novedad de la Palabra y alude a una teología pagana del Amor y del matrimonio.

No existe una «buena novela» en nuestra cultura pagana del matrimonio: el flujo espontáneo de la atracción amorosa no parece estar para nada en las manos de las personas que lo «sufre» pasivamente. El pasado condiciona al futuro en forma desesperada; de hecho será *solamente por casualidad* si los modelos (que refieren a cuál es el justo modo de pensar y de hacer las cosas de uno de los esposos) son compatibles con los del otro. El mito de las dos mitades separadas en el “hiper-urano”⁷ (que es como decir «había una vez», en la eternidad...) lleva consigo una alta probabilidad de dolor porque es difícil que las dos mitades se re-encuentren. «El verdadero amor se encuentra uno en un millón» escribía la abuela, y es una buena traducción de todo esto. El des-enamoramiento interrumpe en forma fatal el flujo amoroso y a la pareja no le queda más que darse cuenta de la jaula de malestar que la acompaña, al punto de llegar a pensar que huir de esa jaula, con mentiras y traiciones, sea una consecuencia casi inevitable (a no ser que se vuelvan santos desencarnados).

Señalamos aquí un aspecto que hemos encontrado en forma frecuente: la interpretación cultural de la parábola que hemos recién descrito, cambia los datos reales. De hecho, mentiras y formas más o menos explícitas de traición a menudo *anticipan* la auto-narración del propio des-enamoramiento. En estos casos, la discronía⁸ no es un pequeño detalle sino un dato capaz de tirar abajo la narración explicativa!

En efecto, quien no cuida el propio amor termina provocando el propio des-enamoramiento, exactamente como podemos prever que quien no cuida de su vida sacramental y de oración termine perdiendo la fe. La hipótesis explicativa más común tiende en cambio, a leer *ex post* la historia, a partir del des-enamoramiento!

Vivir la fase en lugar de buscar la culpa

Coloquémonos delante del des-enamoramiento como un hecho presentado por uno de los esposos. Por una parte no podemos más que constatar la vivencia que trae, pero por otra podemos ampliar la mirada, integrando la complejidad del hecho, y hacerlo con un mayor «respeto» de los datos.

Saber qué cosa, yo esposo/a, hice para llegar a una determinada situación podría ser un camino que generalmente no lleva muy lejos, ya que corre el riesgo de hacer de la relación de ayuda un juego de bajo perfil, que se mantiene simplemente buscando al culpable. Este juego preve intercambios repentinos de roles: «el culpable» que ataca y acusa, y el «inocente» que se descubre con un mar de culpas. Al final, la relación queda generalmente como al inicio: la desilusión *por culpa* de uno de los dos, sin importar si las personas se fueron alternando en el banco de los acusados.

Es mucho más útil constatar la desilusión de otra forma: como una *fase* del proceso que una pareja enfrenta en el desarrollo de su relación de amor, como una elaboración que hace parte de las tareas del desarrollo.

¿Qué significa *tareas del desarrollo*? En nuestra cultura la palabra tarea es usada en

7 NdT: Refiere al concepto usado por Platón: Topo Hiper Uranos, lugar supra-celeste, mundo de las ideas.

8 NdT: Discronía: incapacidad de vincularse a un objeto considerando su permanencia en el tiempo; el objeto existe si está presente al sujeto, y no existe si está ausente.

un forma abusiva y evoca un sabor ingrato de “tener que” (del tipo «hacé los deberes” ordenado al niño), mientras que en este contexto - y acompañada de la connotación «del desarrollo» - la palabra tiene otro sabor muy distinto: indica un *munus*⁹, un don-tarea que *introduce al futuro*, un nuevo paso a dar, un enriquecimiento, un dirigirse hacia algo que aún *no ha sido dado*, indica una modalidad, y otras muchas, de decir «no todo está aquí».

Entre las tareas del desarrollo de una relación de pareja, se puede considerar también el pasaje – en un momento que es distinto para cada pareja – del enamoramiento («proceso de semejanza»¹⁰) a la *experiencia del amor conyugal* que se expresa en la cooperación y en la compañía, es decir en el decidirse siempre más por el nosotros.

Usando una expresión de Malagoli Togliatti: la tarea del desarrollo puede ser el pasaje del primer al segundo contrato¹¹. Junto a una serie de reglas y propósitos conscientes y expresados, el «primer contrato» realizado en el matrimonio contiene siempre una serie de no dichos (que poco a poco se van reconociendo en la medida que se entra en el «circuito de la desilusión») que responden a necesidades coincidentes en los dos miembros de la pareja y que llevan al matrimonio. En parte, este lado “subterráneo” del contrato queda no reconocido: a medida que la pareja se fortalece, también la parte implícita de la relación de pareja puede «desanudarse», salir a luz, y encontrar a dos personas que no se dejan hundir ante lo que surge sino que lo usan para reestructurar y renovar su vínculo.

Las tareas del desarrollo (tanto para Scabini como para Malagoli Togliatti) se pueden abordar en el marco de una correcta teología, la de la promesa de un Dios que retira su aplastante omnipotencia para dejar lugar a los pasos inciertos de dos enamorados: los dos, a partir de sus historias, de su búsqueda consciente o incluso inconsciente, asumen la responsabilidad de haberse buscado y querido. El matrimonio se vuelve su «conquista», en sentido legítimo, abierta al futuro. Ninguna predestinación, ninguna mitad que necesariamente encuentra su otra mitad, como en la lectura obligada de los juegos hechos por otros en el “hiper-urano”. Se encuentran libremente; su vínculo se consagra como vínculo querido por Dios. Depende de ellos conquistar su porción de Tierra Prometida, pero con la seguridad de que Dios combatirá con ellos contra los gigantes, contra las fuerzas desintegradoras de su matrimonio.

Superar los hechos con los que la pareja se enjaula

Entrar en el *circuito de la desilusión* (para usar los términos de Malagoli Togliatti), aún pensándolo con un *happy end*, no es una cosa fácil. Es un momento crucial que exige a la pareja pasar del primer contrato que tenía una parte desconocida y escondida, a un segundo contrato más explícito y maduro. Llegados a este punto, podemos ver que este enfoque - si disociamos el término des-enamoramiento del de desilusión – puede asumir una connotación positiva (desilusión no es sinónimo de des-enamoramiento). Constatamos además una «nueva narración de los hechos»; en el fondo es una gracia que no aprisiona en los así llamados «hechos que hablan por sí solos».

9 NdT: *Munus*: un regalo que obliga al intercambio (lt. *mei*: dar en cambio y *nus*: alusión al carácter social).

10 Así lo definió SCABINI, E., *Psicologia sociale della famiglia, Sviluppo dei legami e trasformazioni sociali*, Bollati Boringhieri. Torino 1995.

11 MALAGOLI TOGLIATTI, M. - ANGRISANI, P. - BARONE, M., *La psicoterapia con la coppia*, op.cit.

Una joven esposa se manifestaba muy desilusionada por el comportamiento de su esposo que a su vez, por la forma de relacionarse con otras mujeres mostraba claros signos de des-enamoramiento. El marido le reprochaba que cuando él llegaba tarde del trabajo, a menudo ella aún no había regresado a la casa, y siempre le tocaba a él preparar la cena... Ella leía estos reproches como arrogancia masculina que no entiende sus exigencias de afirmación profesional, en su difícil trabajo de abogada que no le permite parar a la hora de finalización si es que el jefe, al término de cada jornada desea evaluar la situación del estudio junto a todo el equipo.

Un día llegan al coloquio con mucho atraso debido a la nieve y al embotellamiento del tráfico. Refiriéndose a la nieve que continuaba cayendo, el marido empezó a narrar su estado de ánimo durante el trabajo: era ingeniero y durante el día le sucedían muchas cosas notables, bajo un perfil no exactamente laboral. Continuamente se decía: «Ahora, cuando llegue a casa, le contaré a mi esposa esto... y también esto... y también esto otro!». Después regresaba a la casa y la encontraba vacía (como cuando era niño y regresaba de la escuela, y encontraba que sólo lo esperaba el gato). Agregó: «En estos días de nieve pienso siempre: “qué lindo sería si cayera tanta nieve que cubriera la casa y así, ni ella ni yo, pudiéramos salir de casa por una semana. Tengo tantas ganas de hablar con ella, de saber qué piensa y siente después de un año de matrimonio”».

No tuve dificultad para hacer ver a la esposa que lo que el marido nos presentaba en aquel momento no era una reivindicación, sino otro *relato*. La mujer entendió y miró con ternura al esposo, que rápidamente le respondió poniéndole una mano en la espalda. La desilusión ya no era sinónimo de des-enamoramiento. Aún tenían el problema de quién preparaba la cena, pero ya no tenía tanta importancia.

En éste como en otros casos de desilusión o de des-enamoramiento es muy importante *entender que el primer diagnóstico hecho por el mismo cliente es una jaula*. No creerle implica un acto de fe en el sacramento. De hecho, los hechos son los que son y no pueden ser cambiados, sin embargo también existe la gracia de poder leerlos con ojos nuevos.

Ver por ellos la otra trama

Una pareja joven pide asesoramiento. Él, 34 años, es perito y trabaja en el área de repartos de un gran empresa de la zona; ella, 33 años, es maestra. Están casados hace 5 años y tienen dos niñas. La más pequeña, que tiene cinco meses, viene regularmente a la sesión porque «no sabemos dónde dejarla».

Él explica la crisis afirmando no encontrarse más en su matrimonio, no estar más enamorado de su esposa. Explícita y crudamente agrega delante de ella: «No me gusta más físicamente, me siento bloqueado, no libre». En otra ocasión agrega dos «agravantes»: por una parte extiende su distancia a la familia de ella («No la acepto y tampoco a su familia») y por otra, ante las revelaciones negativas sobre su carácter que realizara su esposa, intenta el movimiento del no cambio («Soy así...»). Entre lágrimas, ella dice que él no le habla, se ha cerrado y solamente es tierno con las niñas. Mi pedido a la pareja de hacer una lista de las cualidades del otro cónyuge tampoco aportó más datos de lo que lo no verbal ya predice. Él coloca en primer plano a sus hijas (la que traen es una niña rubia bellísima, muy quieta, que en la sesión nunca molestó: me pregunto si también esto no podría ser un signo de que el malestar no es tan profundo como los padres dicen), un antiguo ideal de familia abierta que parecía compartido, el hecho que la mujer lo dejó libre. Ella, no obstante todo, reconoce que es una persona sincera,

que sabe mantener la calma, que es un lindo hombre.

También comienza a quedar claro cómo los dos hacen que la vida sea imposible. Ella siente que es un peso para él, se culpa por cualquier cosa y cuando, con su charla y su forma de buscarlo, logra hacerlo enojar, tiene un motivo más para disminuir la propia estima. Él, logra con dificultad aceptar que ella se acurruque junto a él, en el sofá, mirando la televisión... puede aceptarla solamente si ella promete no tomarlo de la mano y quedarse callada. De hecho, él está bien cuando «construye»: la casa, el jardín, la quinta, son su espacio de realización. Por una parte está orgulloso de “construir su casa”, y por otra se siente enjaulado.

Ni siquiera el recurso al primer enamoramiento parece un posible punto de atención: son dos muchachos de oratorio que siempre han hecho muchas cosas juntos; él había buscado romper el compromiso pero ella había llorado desesperada, y él se dejó conmovido. Y también en este momento aprovecha para decir que ella no es linda... Lo interrumpo bruscamente.

En un segundo encuentro noto el efecto benéfico en la pareja del sentirse acompañada: ambos hicieron los deberes asignados¹², a partir de los cuales me doy cuenta que él es sensible a los gestos concretos que ella tiene para con él, y que ella es sensible a los elogios y al aliento recibido.

Me preparo para asignar tareas que van en esta dirección pero también me preparo para dar indicaciones en el sentido que la pareja re-encuentre una buena distancia: no aquella poco óptima que él impone, y que ella vive como desvalorización de la que se queja.

De hecho, apunto a la importancia de darse, recíprocamente, el permiso de sufrir (aludiendo solamente en forma lejana al des-enamoramiento de él y al llanto de ella). Que ambos se concedan este permiso es un primer paso hacia una relación menos compleja. Para ella significa no dar por descontado el fracaso matrimonial simplemente por el hecho de no sentir que el marido está al unísono y, aún más, acoger que él tiene un estilo distinto (y que eso no significa que él está contra ella). Para él, significa quitarle el peso que le genera la exhibición del dolor de la esposa, que le revela su incapacidad de hacer algo por ella. Cualquier hombre se sentiría aplastado por la titánica tarea de no poder evitar que la esposa sufra.

En la tercera sesión pido permiso para hablar personalmente con cada uno. Con el marido retomo el pedido que ya le había hecho: yo no sé como terminará su relación, pero pienso que puedo ayudar solamente si él, al menos durante el período en el que vienen a verme, se compromete con la relación, como pueda pero se compromete. Y me encuentro delante de una persona que acepta el trato. Tiene la sensación de no sentirse amado, que el amor de la esposa hacia él no sea correcto sino con un tinte de obligación (como el de su madre) y sobre todo se siente herido por algunas expresiones que la esposa le ha lanzado cuando llora: «Basta que tú estés aquí. No me interesa que tú vayas con otras mujeres, basta que no te vayas». Se siente humillado con estas frases: le parece que también el interior de su esposa se ha vuelto feo.

Con la esposa retomo la historia de cómo ella haya usado al futuro esposo para desvincularlo de su propia familia, y cómo cuando él la tomó en serio y comenzó a pelear por ella, ella se demostró poco agradecida y muy vinculada a sus padres protegiéndolos aún contra sus propios deseos (por ejemplo postergando la fecha del casamiento solamente porque ellos así se lo imponían). Empieza a surgir en ella la idea de tener que dirigir la pelea con su propia familia (en la cual reconoce que el llanto es un arma que siempre vence para quien quiere imponerse): no es el esposo, en sí, que no entiende a sus padres, sino la absurda posición en la que ella lo ha colocado que hace que ella lo mande a pelear y después le reproche haber peleado.

En la quinta sesión, ninguno de los dos menciona el tema del des-enamoramiento. Ella comenta que el esposo le ha agradecido y la ha valorizado dos veces. Él expresa que ella está más

12 GILLINI, G. - ZATTONI, M., *L'altra trama*, op.cit.

serena con las niñas (la belleza de la esposa empieza a aparecer en la imaginación de él). En la sesión empiezan a re-leer cómo se han desilusionado recíprocamente: una narración de la desilusión que con nuestra ayuda es nueva, no es catastrófica sino que es un signo del desarrollo de su relación. Esta re-lectura insinúa que la desilusión de ambos ya no sea sinónimo de des-enamoramiento.

En el sexto encuentro me cuentan que han pasado unas lindas vacaciones de verano con sus hijas y que han retomado las relaciones sexuales. Dedico este último encuentro a entender y a ayudar a entender que para él belleza es sinónimo de una segura implicación de su esposa con la nueva familia y que se siente amado en ello. Cierta episodio en el que ella le había prohibido ir a un concierto con una compañera de trabajo reforzaba en él la sensación que los permisos del «andá con quien quieras» no eran «verdaderos», sino solamente las palabras de una mujer desesperada. Para ella el peso de sentirse fea y rechazada como mujer adquiere un nuevo rostro cuando él le explica que sólo tiene ganas de escapar cuando se siente abrazado por ella en forma asfixiante. Cuando puede estimarla y apreciarla, también la ve bonita.

Para testimoniar cómo al operador se le escapan los aspectos positivos cuando está totalmente sumergido en los diagnósticos negativos de las personas a las que quiere ayudar, quiero contar una particularidad de mi comportamiento que me sorprendió también a mí. Para redactar este artículo fui a re-leer mis apuntes, y sólo entonces me dí cuenta que este hombre me había dado un importante indicio del que no me había dado cuenta antes: ya en el primer encuentro, hablando de belleza, había agregado: «no importa lo exterior, sino lo interior»¹³. Es increíble como cada uno de nosotros pueda quedar atontado por el dolor de la persona que desea ayudar.

La tarea de un desarrollo interrumpido

A veces, un modelo relacional que parecería opuesto a aquel de la jaula... constituye una jaula. En efecto, no es verdad que para una pareja la elección auto-referencial del modelo de comportamiento al cual referirse no lleve al des-enamoramiento. En otras palabras, el des-enamoramiento parecería suceder no solamente porque se descubre que las cosas han cambiado, sino también por el motivo opuesto: porque efectivamente, las cosas no cambian. La tipología desde la que se parte es opuesta pero las consecuencias son las mismas.

Recuerdo una pareja cuyo malestar giraba alrededor del bajo nivel de participación sexual por parte de ambos. Este dato, que ambos afirman está presente desde los inicios de su relación, y que prosiguió también después del matrimonio, representa un obstáculo relacional, que aparentemente han gestionado en forma educada pero con un gran malestar de fondo.

La esposa era la primera de dos hijos y venía de una familia donde tenía relaciones un poco tormentosas con los padres y con un padre dominante, hacia el cual siempre se sentía perdedora. A los 17 años, cuando conoce a su futuro marido, le atrae la dulzura de éste y el hecho de que no se impone aún si es mayor de edad. A ella le fascinó el poco interés que él tenía por la sexualidad.

Cuando se encontraron, él tenía 24 años y un noviazgo atrás. Se sentía protegido por

¹³ Los casos presentados aquí refieren a situaciones concretas pero han sido re-elaborados, según las directivas de la editorial de la revista, con la finalidad de proteger el anonimato de las personas implicadas.

la seguridad con la que ella aceptaba su manejo de la relación, en clave más afectiva que sexual. De hecho, él buscaba una persona dulce que prolongara la tranquila relación afectiva que tenía con la madre (muerta 4 años atrás) y que no le recordara la «distancia» paterna.

Durante las sesiones, la pareja mantiene una relación correcta pero está inquieta por el hecho de que la esposa, cada día, se encuentra más a sí misma como mujer y no se contenta solamente con tener una relación fraterna con el esposo.

Esta novedad altera a la esposa (que no sabe si sea justo explicitar su exigencia de un amor en el plano sexual) y altera al esposo (que no se esperaba que el «primer contrato» relacional - aquel fraterno, marcado por la satisfacción de exigencias maduradas al interno de la pareja en forma auto-referencial, pero que en el fondo, cada uno ha aprendido en su propia familia – pudiera cambiar y asumir una connotación diversa).

Ya que mi trabajo con esta pareja no llevaba a ningún mejoramiento visible, la derivé a una sexóloga. Algunos años después supe que la pareja había decidido de común acuerdo, separarse y consultar con el tribunal eclesiástico sobre la validez de su matrimonio. A nosotros nos correspondía *preceder* la decisión eclesiástica. Es más, aún en la aparente inutilidad de los esfuerzos realizados, tenemos la sensación de haber ayudado a estas dos personas a vivir con mayor consciencia una estación dolorosa de la propia vida.

La primera relación de ayuda que se puede ofrecer a la pareja es *mirar también por ellos* más allá de la desilusión y el des-enamoramiento. Se puede por ejemplo, apreciar que las dos personas vengán juntas a pedir ayuda, se puede valorar que en ciertos momentos aparezcan realidades y estima recíproca. Sólo su historia dirá posteriormente cómo ellos se están moviendo. En tanto, usar la explicación del circuito de la desilusión y re-dimensionar su auto-diagnóstico es ya una tarea preciosa.

La palabra de los protagonistas

También está la usura del tiempo, que lleva a elegir entre conducirse recíprocamente a la santidad o una honesta fidelidad, o entre el deseo de vida plena o la mediocridad.

En los primeros años hay generosidad, el temperamento de la edad, las primeras entregas, la certeza de que sin dudas lograremos concretar nuestros deseos.

Estar totalmente de acuerdo en una línea a seguir es una ilusión provisoria, en la que se cree ya que sin ella, muy probablemente, nadie tendría el coraje de casarse.

Amarse y entenderse parece algo obvio, fuera de discusión.

Las exigencias de la vida matrimonial aparecen sobre todo en el aspecto sensible, aún por lo que refiere a la esfera espiritual. Por ejemplo, la vida sobria se la entiende como reglamentación puramente material: adquisiciones justas y solidarias, hacer ofertas, ayudar concretamente... Aún los discursos sobre la escucha recíproca, dar el primer paso para la reconciliación... Todo lo que se escucha en las charlas de preparación al matrimonio no presenta mayores dificultades: al inicio damos todo el crédito al otro/a la otra y somos naturalmente dóciles.

Después vienen los años, a veces tantos, de unidad e intercambios mutuos. Como la relación es una especie de vasos comunicantes y cada dimensión revela el estado de salud del todo, si existe una

relación transparente con el esposo/la esposa, hay también una buena capacidad para aceptarse a sí mismo, un justo equilibrio en el uso de las cosas y una escucha atenta a la Palabra de Dios. Si en uno de estos ámbitos hay tensión, nos surge espontáneamente no sentirnos auténticos con nosotros mismos y tampoco con los otros. Si nos dirigimos con rabia hacia nuestro/a esposo/a, somos intolerables con nuestros hijos, o nos lamentamos continuamente del trabajo, del salario,... rápidamente nos damos cuenta que no podemos decirnos de estar viviendo una espléndida relación con el Señor. Sí, nos parece que con un poco de coraje se lo logre. Difícil, sí, pero no imposible. Con un poco de coraje!

Con el tiempo...

Se cree un poco menos a la maravilla de nuestra unión. Hablamos menos, no pedimos explicación al otro/a la otra, pero nos explicamos a nosotros mismos las razones de la otra persona que, después de tanto tiempo, presuponemos conocer suficientemente bien. Comunicación de rutina: «¿vas tú? No, voy yo». Filtramos lo que el otro hace o dice con una especie de interpretación automática de los comportamientos que se vuelve rígida, en una especie de esquemas negativos provenientes del pasado y de los cuales hay cada vez menos posibilidades de salir.

Ninguno es malicioso, lo que pasa es que el amor se desvaneció. Sucede así, casi sin darse cuenta de ello.

Nos encontramos dialogando no con la otra persona sino con la imagen de él/ella que poco a poco nos hemos construido fundamentalmente con sus lados negativos. Sin darnos cuenta, tenemos siempre delante nuestro, el mapa de sus límites. Y estos límites, siempre bien evidentes, corresponden al mapa de las heridas que hemos sufrido en el transcurso de la relación y que no han sido sanadas por la reconciliación. Hablamos menos. Llegamos incluso a alejarnos de la Eucaristía porque necesitamos una buena confesión para la cual, por otro lado, no encontramos nunca el momento justo. Hay también nuevas tentaciones: aquel/aquella colega tan atento/a, siempre disponible a corresponder - sin problemas - a nuestro deseo de comprensión que hace tiempo está siendo frustrado por nuestro/a compañero/a (decir aquí esposo/a, nos evocaría con nostalgia algo bueno).

Y con el tiempo que pasa y la poca atención que hay, al final, el malestar asume una clara exigencia interior: quisiéramos hacer de nuestra vida algo más interesante!

Aquí, lo que al inicio parecía factible, ahora parecer imposible.

Verdaderamente imposible

Llegar a sentir así es normal. Sin que haya habido una grave infidelidad o un abandono por parte del Señor

¿Qué hacer? ¿Cómo salir de todo esto?

Si no abordamos sinceramente esta fase – que no es una crisis sino una toma de consciencia de la imposibilidad radical para las fuerzas humanas de vivir en plenitud una vida matrimonial – nos cerramos en una ... desesperanza que entristece o, en la aceptación semi-inconsciente de la mediocridad; bajamos nuestro ideal a un nivel aceptable, hecho posible por una serie de compromisos en relación a los compromisos iniciales; buscamos una razón de vida alternativa que, bien o mal, sea conciliable con una observancia honesta pero relativa de nuestra elección matrimonial (los hijos, las amistades, cierto contacto con la Palabra, un compromiso social, el trabajo, ...).

Es verdad, tanto el desaliento como ciertos compromisos llevan a un alejamiento, más o menos evidente, de nuestro/a esposo/a, en quien ya no depositamos plena confianza, en el cual ya no confiamos más nuestro corazón.

Vivimos divididos entre la realidad en la que nos movemos a tanteos, y aquello que recordamos

haber deseado. Experimentamos un cansancio superior a nuestras fuerzas. Nos parece haber fallado.

En este momento, ¿para qué sirve intentar lo imposible?

Lo que no sabemos es que esta etapa no representa un regreso sino una base desde la cual re-partir. Un partir que para nosotros es posible solamente abrazando con fuerza a Jesucristo, creyendo en Sus palabras: «para los hombres es imposible, pero no para Dios: todo es posible para Dios» (Mc 10,27). Entrando en la dimensión espiritual, lo imposible no significa utópico sino más grande que nosotros: un misterio de grandeza a cuyo ritmo sintonizarse con la fuerza de Quien bendice – dice bien – habla bien de cada uno de nosotros, y de nosotros como esposos.

Es importante aceptar que el peso de la vida de pareja no es el final de algo sino el signo de una nueva llamada.

No será como al principio .

Donarse hoy, toca zonas más profundas y esenciales de nosotros mismos. Por ello, es difícil compararlo a lo que ocurría en los inicios, porque el conocimiento de nuestras necesidades, deseos, esquemas y aquellos de nuestro/a esposo/a es totalmente distinto: la consciencia de lo que nos mueve y, más a menudo de las fuerzas que actúan a pesar nuestro, es más profunda.

No se trata de re-encontrar en forma artificial, el entusiasmo de cuando nos habíamos recién casado sino de vivir plenamente nuestra llamada de esposos.

Es algo nuevo y más amplio. Solamente es posible si existe la renuncia a «salvar» nuestra vida de los aterrizajes - a nuestros ojos seguros - de la desesperanza y de la mediocridad.

Después de haber experimentado la dureza de los límites, descubrimos que estamos llamados a partir desde aquí: nuestros límites no son signos de dolor y muerte sino que se vuelven, como el signo de los clavos y de la lanza en el cuerpo del Resucitado, símbolo del paso de la muerte a la vida.

Silvia y Leonardo Dallai, Florencia (Italia)